

las distinguen. Y la igualdad perfecta y absoluta requiere dos cosas: la distincion de las personas, porque nadie se dice igual á sí mismo, y la unidad de esencia, porque entónces las personas serán perfectamente iguales cuando tengan la misma grandeza y esencia. (1) Y esto es lo que admiramos en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; no es mayor el Padre, no es menor el Hijo, no es menor el Espíritu Santo; pues Éste y el Hijo, tienen lo mismo que el Divino Padre: el Padre tiene la vida; mas de ninguno; el Hijo la tiene de su Padre; pero tal vida cual es aquella, tan grande como es grande la del mismo Padre, y enteramente igual; porque Él es su verdadero Hijo, Hijo eterno y perfecto, que no desdice del único Dios Padre, Dios el Hijo Unigénito; porque el Padre engendrándolo le dió todas las cosas, y lo engendró perfectamente igual á Sí mismo; pues no le dió ménos que lo que tiene, y al dárselo no ha perdido nada, y el Hijo al recibirlo, siempre fué, y tuvo siempre, los bienes de su Padre. (2) Así tambien decimos respecto del Divino Espíritu, que tiene la misma vida del Padre y del Hijo, tan grande y perfecta cual la tienen el Hijo y el Padre, porque Él es el amor eterno y perfecto de entrámbos.

Esa perfecta y eterna igualdad de las tres adorables personas, es segun decimos, una nueva y rica fuente de luz y encanto, y celestial belleza, cuyos purísimos y espléndidos raudales iluminan nuestras almas; no nos cansamos jamas de contemplarla. Su inagotable belleza nos va descubriendo á cada instante, nuevos y más

(1) D. Th. cit. ad. 1. (2) D. August. l. 2. Cont. Maximin. n. 7.

profundos manantiales, rebosando eternamente de luz, de gracias y atractivos, que aumentan casi sin medida nuestra admiracion, y nos ligan más y más con las cadenas del amor divino. ¡Cuántas maravillas y grandezas contemplamos en el Padre, en ese Padre, que es y siempre ha sido el eterno principio de su Verbo á quien todo lo ha comunicado! ¡cuántas maravillas y grandezas hallamos en el Hijo del Señor, imágen perfecta de su Padre! ¡quién podrá exceder al Padre, en poder, dignidad y grandeza? Nadie, pero su Hijo le es enteramente igual.

¡Cuántas maravillas y grandezas vemos tambien, en el Espíritu Santo, vínculo eterno y sagrado del Padre y del Hijo! ¡Quién podrá sobrepasar la dignidad, el poder, y la grandeza del Hijo y del Padre? Nadie, mas con todo, el Espíritu Santo es igual á los dos de quienes eternamente procede como de un mismo principio.

Siendo esto así, toda la fuerza y el amor de nuestras almas tiende igualmente hácia el Padre, el Hijo y el Espíritu Divino, en quienes hallan toda ventura: no dividimos nuestro amor, porque esas tres adorables personas son un solo Dios; ni da más diferente medida al cariño que les profesamos, porque ellas son enteramente iguales; mas las amamos con todo el corazon, con toda el alma, con todas nuestras fuerzas.

Hé aquí la dicha y el dulcísimo reposo, que nos proporciona la igualdad santa y adorable de las divinas personas. El mismo amor, las mismas alabanzas, y todos los pobres y humildes servicios del corazon, rendidos igualmente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Esa unidad de sentimientos que les debemos, aumen-

ta su belleza y energía, porque sin cesar estamos contemplando maravillas, grandezas, y encantos infinitos; y todos ellos sin embargo, no los hallamos divididos, sino siempre los mismos, resplandeciendo con la misma luz y atrayendo el corazón del hombre con el mismo amor.

¡Ahl reunamos todas nuestras fuerzas, avivemos los más puros sentimientos, y con unos y otras, igualmente amemos sin descanso y sin medida, al Padre al Hijo y al Espíritu Divino.

§ II.

Digamos, por fin, una palabra, acerca de la dulzura y eternas delicias de las divinas relaciones. ¿Quién es capaz de decirla, ó quién, sino Dios, ha gustado esas delicias? Mas con todo, ignorantes y llenos de miserias y pecados, entremos en el gozo de nuestro amado y bondadoso Dios..... Que no pretendemos sino amarle más y más, ni buscamos otra cosa en este mundo, que el aumento de su santa gloria.

Dichoso es el hombre cuando tiene un hijo que en el mundo, conserve sin mancha su memoria, y en quien el mismo hombre se siente renacer; hijo que herede sus virtudes y caudales, y sea en todo, digno de su padre. Dichoso es el hombre cuando tiene un hijo, porque de Dios descende toda paternidad en el cielo y en la tierra; (1) mas ¿qué viene á ser esta sombra de pasajera dicha, si se compara con la infinita y eterna complacencia del Divino Padre? Toda su belleza y perfec-

(1) Ephes. III. 15. Calmet.

cion se encuentran en el Hijo de su seno; y su poder, y su gloria, y su adorable y eterna majestad. Él es dignísimo del que lo ha engendrado entre los resplandores de la santidad, ántes que el lucero de la mañana, brillase allá en el cielo; Él es el heredero de un grande y adorable nombre, que jamas se comunicó á los ángeles. (1) Él es tambien, el Hijo cuyo trono subsistirá por los siglos de los siglos, y á quién el Padre ungió con óleo de júbilo, mucho más que á sus compañeros; y á quién dijo, en fin: Siéntate á mi diestra, mientras tanto que pongo á tus enemigos por tarima de tus piés. [2]

¿No sentís, por ventura, la exquisita fragancia que trasciende el nombre divino del Hijo de Dios? ¿No han quedado vuestras almas unguidas, tambien, con óleo de inefable júbilo, al contemplar la divina complacencia que el Padre tiene en su Hijo muy amado?

Cuando Jacob se acercó á Isaac, al sentir éste, la fragancia de los vestidos de su hijo, bendiciéndolo le dijo así: El olor que sale de mi hijo es como el olor de un campo florido, al cual bendijo el Señor. [3] ¿No nos parece escuchar en esta voz, la del Padre, que dice siempre al Divino Verbo: Tú eres mi Hijo muy amado, en Ti tengo puestas todas mis delicias? [4] Aquella fragancia sale por decirlo así, de la infinita riqueza que el Padre ha comunicado á su Hijo, de la absoluta perfeccion del mismo Hijo, de la igualdad, en fin, que tiene con su Padre, ese Hijo que recibiendo la naturaleza de Dios, no por usurpacion sino por herencia, es igual

(1) Heb. I. 4, 5. (2) Id. v. 8, 9, 13. (3) Gen. XXVII. 27.
(4) Luc. III. 22.

á Dios. [1] Mas aquella fragancia transitoria que sintió el anciano Isaac, provenia de los vestidos, que ciertamente no eran del segundo de sus hijos; mas en el seno del Padre, sólo existe un Hijo de quien son propias por su nacimiento, las riquezas todas de Aquel Padre; y la voz de ese Hijo muy amado, no puede hacerlo vacilar temiendo que no sea la voz de otro, pues que ese mismo Hijo es su incomunicable y eterna Voz. Ni los ojos del Anciano de dias, pudieran nunca llegar á oscurecerse, pues Dios es luz y en Él no hay tinieblas ningunas. [2]

El hijo sabio es la alegría del padre; [3] ¡cuál, pues, no será el eterno gozo, el júbilo divino, la alegría inefable, la complacencia, en fin, por llamarla con su propio nombre, que el Padre tiene en su Hijo muy amado? No sólo es sabio, infinitamente sabio; mas tambien, la fuente de la misma sabiduría en las alturas, que lo inunda todo de inteligencia; Sabiduría que dice de Sí misma. Yo la Sabiduría, derramé rios de agua viva y celestial. La luz de mi doctrina con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y seguiré derramándola hasta los remotos tiempos. (4)

Escrito está de esta Sabiduría Divina y celestial: ¡Oh cuán grande es el que adquiere la sabiduría, y el que posée la ciencia. (5) Y tambien: Dichoso el hombre que ha adquirido la sabiduría y es rico en prudencia..... Sus caminos son caminos deliciosos, y llenas de paz todas sus sendas. Es el árbol de la vida para los que echaren mano de ella; y bienaventu-

(1) Philip. II. 6. (2) I. Joann. I, 5. (3) Prov. X. 1.—XV. 20. (4) Eccl. I. 5.—XXIV. 36, 4, 44. (5) Eccl. XXV. 13.

rado el que la estrecha en su seno. (1) Mas ¡qué diremos de la infinita complacencia del Divino Padre que no ha tenido de otro la sabiduría; sino que Él mismo, eternamente la engendró en su seno; sabiduría perfecta que en vez de dar su luz al Padre, ella misma la recibe de aquel principio eterno, de quien es como una exhalacion de su virtud suprema, y una pura emanacion de la gloria del Dios Omnipotente, resplandor de la luz eterna, espejo sin manchilla de la majestad de Dios, y una imágen de su bondad amable y soberana! (2)

El gozo del Padre en su Divino Hijo; ¡pudiera por ventura, contemplar al mismo Hijo, y no exclamar: Tú eres mi Hijo, Yo te engendré hoy? (3) Esa voz divina que nos revela la infinita perfeccion del Verbo, su misma sustancia con el Padre, dícenos tambien, el infinito agrado que siempre tiene el Padre en ese mismo Hijo; le comunica sin medida y sin reserva, toda su sustancia, y lo ve, enteramente igual á Sí mismo, hermosísimo, y lleno de bondad y de grandeza; y ese Verbo, es su Hijo: ¡Oh cuán hermosa es tan divina y virginal generacion! (4)

Hé aquí, pues, cómo al contemplar el Padre al Hijo, su complacencia en Él, es infinita; y cómo esa relacion divina y sacrosanta, la paternidad, es para la primera persona, de la Trinidad, inagotable fuente de gozo y complacencia.

Las aguas se elevan á la altura de sus manantiales, veamos por lo mismo, cuál es el infinito y adorable

(1) Prov. III. 13, 17, 18. (2) Sap. VII. 25, 26. (3) Ps. II. 7. (4) Sap. IV. 1. Calmet.

gozo que el Hijo tiene en el seno del Divino Padre.

La gloria de los hijos son sus padres. (1) El Hijo recibe de su Padre toda la divina esencia; lo conoce perfectamente, y es amado sin medida del mismo Padre. Engendrándolo le dió todo lo que tiene: lo engendró enteramente igual, consigo mismo, pues no le dió algo ménos de lo que Él posee. (2) En cuanto á lo segundo, nos dice en el Evangelio el Salvador: Yo conozco al Padre, y observo sus palabras. (3) Así como el Padre me conoce á Mí, así Yo conozco al Padre. (4) Y en cuanto á lo tercero, en el mismo Evangelio hallamos lo siguiente: El Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en sus manos. (5)

Recibirlo todo del Divino Padre, conocerlo con infinita y acabada perfeccion, ser, en fin, el Hijo de su amor, (6) no porque este amor sea principio de la generacion del mismo Hijo; mas sí porque su Padre lo ama con abrasada y generosa caridad. (7) Ahora bien, ¿no son éstos los principios del más puro y santo gozo, inagotables y sagradas fuentes de alegría y júbilo inefables? El Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios. (8) Mas ¿de quién ha recibido las espléndidas riquezas que atesora en su divino seno? En Él estaba la vida, dícenos también San Juan, y la vida era la luz de los hombres; y el Verbo era la luz verdadera. (9) Él era la sabiduría, la cual es más hermosa que el sol, y sobrepaja todo el órden de las estrellas; y si se compara con la luz le hace muchas ventajas. (10) Y ¿de dónde

(1) Prov. XVII. 6. (2) August. 1. 2. Cont. Maximin. n. 7.
 (3) Joann. VIII. 55. (4) Id. X. 15. (5) Id. III. 35.—V. 20.
 (6) Coloss. I. 13. (7) 1. p. q. 41. a. 2. Ad secundum. (8) Joann.
 1. 1, 2. (9) v. 4. 9. (10) Sap. VI. 29.

al Verbo de Dios esa vida, y la inextinguible luz con que ilumina á los hombres; esa sabiduría tan hermosa y pura, cien y cien veces más bella que la luz del cielo? El Unigénito de Dios todo lo ha recibido de su Padre, quien lo ha engendrado en toda la perfeccion y hermosura de la naturaleza divina.

El Hijo conoce perfectamente al Padre, tesoro infinito de toda grandeza y perfeccion increadas; y conoce asimismo, que no es menor que el Padre; y que suyas son como del Padre, la omnipotencia, la eternidad y la grandeza; y que con el Padre es un sólo Dios á quien es debido todo honor y gloria; y que la vida eterna consiste en conocer al Padre y al Hijo, sólo Dios verdadero. (1) Esa vista perfecta del Divino Padre formará las delicias y la gloria de todas las criaturas; porque en Él está la plenitud del bien, la perfeccion del sér; y porque al contemplarlo descubriremos asimismo, las inefables y santas relaciones que tiene con nosotros, á quienes adoptó por hijos en el Hijo único de sus entrañas. Mas ¿acaso se pudiera comparar el conocimiento que el Divino Verbo tiene de su Padre, ó las relaciones que hay entre los dos, al que nosotros podrémos alcanzar, allá en la patria, ó nuestras relaciones con las suyas, necesarias, perfectas y eternas? Carísimos, nos decia San Juan, nosotros somos ya ahora hijos de Dios; mas lo que serémos algun día no aparece aún. Sabemos sí, que cuando se manifestare claramente, serémos semejantes á Él, porque lo verémos como Él es. (2) Está por nuestra parte la seme-

(1) Joann. XVII. 3. Orsivus. De Trinit. et. Unit. Dei. [2] I. Joann. III. 2.

janza y adopcion; mas por la del Verbo, la generacion natural y la identidad del Sér Divino. El Verbo del Señor imágen perfecta de su eterno Padre, y su Hijo natural, lleva en Sí mismo, la fuente de la gloria; es su Hijo verdadero; y si á nosotros nos da la vida el Padre, esta vida está en su Hijo y quien tiene al Hijo tiene la vida: quien no tiene al Hijo no tiene la vida. (1) Tendremos, pues, nosotros la adopcion de hijos, mientras Él posee la naturaleza de su eterno Padre, no por un sacramento de dispensacion, sino por la unidad de esencia; y siendo uno mismo con el Padre; por lo cual si no somos arrebatados de la mano del Hijo, no lo seremos de la del Padre, á quien conoceremos conociendo al Hijo, cuya hermosa vista nos dará tambien la de su Padre, el cual nos habla por medio de su Verbo, por quien hace todas sus obras; Verbo que está en el Padre, y el Padre en Él. En la creacion no se verifican las grandes maravillas que descubrimos en la generacion eterna; ni las hace la voluntad, sino el poder, no habla la concordia, sino la naturaleza; pues no es lo mismo ser criado y nacer, ni el querer lo mismo que el poder, ni guardar la unidad que permanecer eternamente. (2)

Al contemplar la inefable dicha y el dulcísimo y sereno gozo del Divino Hijo que se refiere al Padre, y lo contempla como su divino y eternal principio, tenemos que decir: Ni el ojo vió, ni escuchó el oido, ni el pensamiento de los hombres alcanzó las delicias del Unigénito de Dios en el seno de su mismo Padre. (3)

[1] Id. V. 11, 12. [2] Hilarius. De Trinit. l. 8. n. 18. [3] 1. Cor. 2. 9.

Y ¡cuáles serán asimismo, las delicias del Verbo de Dios, al contemplarse tan amado de su Padre? Ese Padre Divino lo ama, y se complace en Él, y Él es el Hijo de su tierno amor, nos ha dicho San Pablo. Expresiones son estas que jamas comprende la humana inteligencia; mas confesamos la infinita perfeccion del Verbo, su arrobadora y celestial belleza, su igualdad perfecta con el Padre. Es el Verbo su imágen sustancial, espejo sin manchilla de la majestad de Dios, en quien brilla su divina y eterna bondad. [1] El Padre lo contempla en toda la extension de su hermosura y su grandeza; ¡dirémos que absorto, y como fuera de Sí mismo lo está mirando con inmenso gozo? No, que Dios es inmenso y ese Hijo está en su mismo seno; decimos solamente, que al contemplarlo exclama: Tú eres mi Hijo muy amado. Y ese Hijo dícele tambien; Tú eres mi Padre. (2) ¡Contemplar el Hijo, el rostro de su Padre, verse amado con infinito y sempiterno amor de ese mismo Padre.....! Es amabilísimo, eterno y perfecto ese Padre adorable; principio de toda virtud y santidad, de toda grandeza y poder, y tiene siempre consigo en su propio seno, á su Hijo Divino. ¡No es el seno de que hablamos, el inagotable manantial de las divinas y castísimas delicias del Hijo del Señor? Y si no hay delicia y gozo inmenso, y júbilo inefable, en ese seno, ¡podrá existir el gozo?

Adoremos, pues, pegando nuestro rostro contra el suelo, las amorosas y santísimas delicias que goza el Verbo al referirse á su Divino Padre.

El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, con

(1) Sap. VII. 26. (2) Ps. LXXXVIII. 27.

quienes juntamente es bendito y adorado por los siglos. ¿Cuáles son las delicias de Éste mismo Espíritu al referirse al Padre y al Hijo? De ellos recibe la divina esencia, penetra las profundidades de Dios mismo, y es, en fin, el vínculo eterno del amor de los dos, á quienes tiene que glorificar porque de ámbos recibe. (1) Glorificar al Padre y al Hijo es para nosotros en el mundo, la mayor ventura, la más delicada y perfecta delicia. El amor nos hace muy dichosos al ocuparnos en tan divino y celestial objeto. La honra de tan amado Padre, la gloria de su Verbo Divino, hé allí el origen de esos trasportes de inmenso y ardiente regocijo que conmueven todo nuestro sér, como los vientos impetuosos que sacuden los árboles de un bosque, vientos capaces de arrancarlos de raíz llevándolos consigo entre sus alas, como ligeras pajas.

Tiene lugar lo que hemos dicho, respecto de nosotros; en cuanto al Espíritu Divino, Él abarca fuertemente de uno al otro extremo todas las cosas, y todas las ordena con suavidad; (2) promueve los divinos intereses con aquella gloriosa majestad é inalterable calma que le es tan propia: no hay en sus obras ni turbación, ni desórden, sino la más elevada sabiduría que les presta su mayor belleza, y aquel encanto irresistible al corazón que, atento y silencioso, está escuchando la dulce armonía que producen todas ellas en su cadencioso y ordenado movimiento. Mandó el Señor á Elías, en otro tiempo, que saliese fuera de la cueva donde se encontraba allá en Oreb, y le dijo: Permanece sobre el monte en presencia del Señor, y delan-

(1) Joann. XVI. 14. (2) Sap. VIII. 1.

te de Él correrá un viento impetuoso, capaz de trastornar los montes y quebrantar las peñas: no está el Señor en el viento. Despues del viento vendrá un temblor de tierra: tampoco está el Señor en el terremoto. Tras el terremoto un fuego: no está el Señor en el fuego. Y tras el fuego el sopro de un aura suave y apacible. [1] Hé allí el encanto y la dulzura, derramadas en las obras del Divino Espíritu, y las delicias inefables con que en todas ellas glorifica al Padre y al Hijo, con quienes juntamente es glorificado. Él es el Espíritu de uno y otro, y como su adorable y sempiterno aliento. El Padre y el Hijo se aman por su esencia; y se aman asimismo, en el Espíritu Santo de quien son un mismo y eternal principio. ¡Ah, cuántas delicias y encantos proceden de tan divino principio! Y ese Espíritu que procede, ¿no es acaso, como un rio de paz y como un torrente de gloria que todo lo inunda? Un rio caudaloso, nos dice David, alegra la ciudad de Dios. [2]

Mas ¿cómo decir otra palabra acerca del asunto en que nos ocupamos, cuando al acordarnos de ese rio de Dios, abrasada del divino amor, el alma exclama: Oh Dios mio! á Ti aspiro, y me dirijo desde que apunta la aurora. Sedienta está de Ti, oh Señor! el alma mia: ¡y de cuántas maneras lo está también mi cuerpo! En esta tierra desierta, sin camino, y sin agua, me pongo en tu presencia, cual si me hallase en tu santuario, pa-

[1] III. Reg. XIX. 11, 12. [2] Isa. LXVI. 12.—Ps. XLV. 5. S. Ambros. l. l. De Spiritu. Sanct. D. Aug. De Trinit. L. VI. c. 10.

ra contemplar tu gloria y tu poder. [1] ¡Quién apagará en las aguas de este río de vida eterna, la sed abrasadora que consume el alma! Dios, enviará el Espíritu de su Hijo á nuestros corazones. (2) Dios dará su buen Espíritu á los que se lo piden; esa prenda de su amor divino, ese Espíritu que en medio de inefables consuelos y delicias, derrama en el corazón, la caridad de Dios, (3) uno y trino, á quien sea dado eternamente, todo honor y gloria en los cielos y en la tierra.

CAPÍTULO VII.

PROPIEDADES DE LAS DIVINAS PERSONAS.

Hé aquí otras fuentes de salud y vida, donde hoy venimos á refrigerar nuestra sed muy grande de divino amor.

Las preciosas y abundantes fuentes de que hablamos son la apropiación, la circuminsesión, las nociones y la misión. [4]

Consiste la apropiación en atribuir singularmente, á alguna de las personas, para su mayor manifestación, un atributo común á las tres. (5)

Cuando levantamos nuestros ojos al Señor y queremos ocuparnos en su conocimiento, es necesario guardar el orden mismo que observamos en el conocimiento de las criaturas, nos dice el Ángel de la Escuela. (6)

[1] Ps. LXII. 2, 3. [2] Galat. IV. 6. [3] Luc. XI. 13.-II. Cor. I. 22.-Rom. V. 5. [4] En los capítulos anteriores tratamos ya, de la igualdad de las divinas personas; por esto la omitimos en el presente. [5] Gotti, Carboni. [6] I. p. q. 39. a. 8.

Ahora bien, lo primero que consideramos en las criaturas es el ser, luego la unidad, en seguida su virtud y finalmente, las relaciones que tienen con sus propios efectos. En cuanto á la primera consideración, hablando ya respecto del Señor, podemos decir que al Padre se apropia la eternidad, en cuanto que Esta divina persona no tiene principio; mas Ella misma lo es del Hijo y del Espíritu Santo.

Asimismo apropiamos al Hijo, la hermosura, para la cual se requieren la integridad, la proporción y la claridad; todo lo que hallamos en el Verbo de Dios que tiene en Sí mismo, verdadera y perfectamente, la naturaleza del Padre. El también es su expresa imagen que perfectamente representa al Padre. Y por último, el mismo Hijo es el Verbo del Señor, Verbo perfecto al que nada falta, y que es como el arte del Dios omnipotente; (1) luz y esplendor del entendimiento.

Al Espíritu Santo apropiamos el uso, en cuanto que este comprende el gozo, pues las delicias con que el Padre y el Hijo mutuamente se aman, convienen con lo que es propio del Espíritu Divino, en cuanto que es amor.

Mas el gozo con que Dios inunda nuestro corazón, tiene alguna semejanza con lo que es propio del mismo Espíritu según que Él es el don de Dios. En la Trinidad el Espíritu Santo, es la suavidad del Padre y del Hijo que se derrama con inmensa bondad y largueza en nosotros y en las demás criaturas, (2) para que guarden el orden y cada una descansa en su propio si-

[1] D. August. D. Trinit. I. 6. c. 10. [2] D. August. cit. En la edición parisiense de las obras del Santo Dr. en 1694 de los benedictinos de S. Mauro, no hayamos, nos et. criaturas, como en la Sama, sino solamente: perfundens omnes creaturas pro captu earum ut ordinem suum teneant, et locis suis adquiescant.